

*Años de indulgencia:
sobre la novela ecuatoriana
en los últimos veinte años*

ANTONIO VILLARRUEL

SUMARIO

1. EL ESPACIO

La novela ecuatoriana reciente ya no siempre habla del Ecuador. La inserción del Ecuador en el mercado global de edición y producción de libros. La necesidad de que la crítica literaria se consolide como interlocutor desprejuiciado y original. La internet y el mercado de libros.

2. LA EXPERIENCIA

El escritor y un enredado circuito de relaciones de trabajo cultural. Escasa articulación entre la escritura y la crítica literaria.

3. LAS OBRAS

Entre *Las segundas criaturas* y *La escalera de Bramante*.

4. EL DESEO

Recambio generacional patente.

Un lugar feo con gente fea, este Ecuador actual. Un sitio extraño e increíble, donde la gente se la pasa violándose los unos a los otros en la calle y a plena luz del día, por así decirlo, escupiendo al piso, orinando en las jardineras de la vía pública, comiendo *cachitos* genéricos y bebiendo coca-cola genérica con una bebé recién nacida en brazos.

Salvador Izquierdo, *El nuevo Zaldumbide*

1. EL ESPACIO

La novela ecuatoriana de los últimos veinte años ya no siempre habla del Ecuador. Muchas veces, incluso, no fue escrita en Ecuador. Para explicar la literatura nacional años atrás, algunos abusamos del tópico de un país remoto, poblado por gente ensimismada y de escaso entusiasmo por la lectura, quieta, observando su geografía inverosímil, casi reacia a construir un campo literario desde la lectura o la incursión crítica.¹ Un país que ni siquiera había discutido su tradición nacional. Y no reparamos en que el Ecuador estaba en pleno tránsito hacia la integración con oligopolios editoriales y que, pese a no haber innovado su práctica de crítica literaria, esta importaba cada vez menos en términos de discernimiento de una literatura nacional, con Planeta y Random House disputándose lecturas mediante estrategias de libros más vendidos, cooptación de escritores o pequeñas cuotas para autores nacionales. Hoy, cuando hablar de tradiciones literarias parece ser invocar un espíritu reaccionario o cuando la palabra “canon” se observa como un currículo de lecturas impuestas y no como una provechosa incisión en las políticas literarias de un momento

1. Ver Antonio Villarruel, “Escrituras postergadas: nueva escritura, tradición crítica y posmodernidad en la narrativa ecuatoriana”, *Ómnibus*, n.º 43 (2013).

histórico, Ecuador parece obligado a dar un salto intempestivo para evaluar las imposiciones y pocas mercedes de la economía de mercado en el sector del libro. Más que la anacrónica y tópica crítica producida por “ecuatorianistas”, fueron los fenómenos de la circulación y exhibición social y comercial que ingresaron a erigir el inventario de su más reciente literatura. Y, cómo no, incidieron plenamente en la lectura y escritura de sus novelas. No es exagerado anotar que los nuevos mecanismos de edición y comercialización del libro son ineludibles para elaborar un balance crítico de la novela ecuatoriana de las dos últimas décadas: un intento que busque remontar las retóricas de una nación abandonada por el genio literario y que matice la supuesta evidencia del despertar de una literatura en duermevela, salvando dos novelas excepcionales. Ni hemos superado nuestra condición periférica ni hemos rebasado a las convenciones novelísticas al uso. Somos parte de un tejido mundial de comercio cultural, eso sí.

Parte de la inserción del Ecuador en el mercado global de edición y producción de libros se evidencia en las condiciones de escritura: algunas novelas recientes han sido escritas en el transcurso de programas de doctorado en Estados Unidos o Europa, en estancias para escritores en geografías metropolitanas, o ambientadas en lugares poco concurridos por el imaginario nacional. La mala noticia es que la proporción de escritoras, de novelistas indígenas, negros, galapagueños o pertenecientes a minorías sexuales es bajísima. Y no porque esto garantice irreversiblemente una mayor diversidad —esta es una época en que todos tenemos que probar nuestra singularidad o plegarnos a una colectividad relegada—, sino porque este indicador es la viva representación de las limitaciones de permeabilidad de que adolece la literatura en todos sus niveles, así como de la espeluznante desigualdad en el acceso a la cultura letrada. A tal punto que bien se puede caricaturizar al escritor ecuatoriano y a su prosa, siempre tan anhelante de incorporarse a las corrientes metropolitanas: blanco, hombre y heterosexual, neurótico, urbano y cosmopolita, desencantado de cualquiera de las variantes de compromiso social que no pase por el topicazo de estar comprometido con su propia literatura.

En Ecuador falta mucho para que la crítica literaria se consolide como interlocutor desprejuiciado y original, como se verá más

adelante. Pero ante esta ausencia, el mercado literario nacional se ha reestructurado siguiendo al pie de la letra las comodidades de la compra por internet y las novedades de las corporaciones editoriales españolas, de modo que, en menos de dos semanas, se puede tener casi cualquier libro en casa. A la par, pequeñas editoras locales han crecido como esporas, ofreciendo sus textos usualmente al margen de los escaparates de un monopolio de librerías que se expande por enormes superficies, en centros comerciales o casonas de barrios privilegiados. Estos emprendimientos casi suicidas han apostado por publicar obras de menor tiraje —y, casi siempre, más arriesgadas— en ciudades como Quito, Guayaquil o Cuenca, que continúan centralizando las iniciativas literarias, académicas, periódicas o independientes. Casi sin querer —casi sin poder ni reparar en ello, más bien—, el Ecuador fue empujado por el flujo del comercio del libro iberoamericano, incluyendo las iniciativas pequeñas e independientes, tan en boga en la Argentina poscorralito. Sí, faltan librerías variadas y exigentes. Sí, el libro es carísimo en el Ecuador —como en toda América Latina, exceptuando, quizá, México y Argentina— y el acceso a ellos, por falta de entusiasmo o dinero, todavía está muy condicionado. Pero el carácter del país como ínsula literaria hoy no pasa de ser una muletilla para nostálgicos. Una muletilla que, ciertamente, fue realidad objetiva hace más de dos décadas y ha arrastrado a los más jóvenes narradores del país a mostrar mundo o distancia ante costumbres o patrones de consumo de los sectores medios o populares; herramienta poco necesaria para escribir bien, pero razonablemente eficaz para legitimarse en un ya no tan inocente campo literario.

Una de las razones por las que las novelas ecuatorianas de los últimos veinte años no encajan en el antiguo abanico de argumentos recurrentes es la abundancia de referentes similares, no solo literarios, sino audiovisuales. La velocidad y alcance del mundo cultural han provocado una homogeneización de las experiencias supuestamente vernáculas en geografías periféricas, que, desde los años setenta hasta los noventa, operaban como acicates de diferenciación en la literatura ecuatoriana: el paisaje, el contacto con lo agreste, la otredad en forma de indígena o negro, el descubrimiento del nervio revolucionario, el bandolerismo, las ansiedades de la clase media, la vida amorosa de la clase media. Nada de